

José Saramago solía tomar notas cuando escribía sus novelas. Como puede observarse en Alabardas —libro póstumo que recoge, además del texto del autor, las notas preparatorias— el escritor relataba en esos escritos las dudas que le surgían, las decisiones que iba tomando y las dificultades a las que se enfrentaba durante la construcción de una historia. Trasladas al lenguaje cinematográfico, esas notas serían el making of. Para el lector, es un privilegio acceder a esa intimidad de la construcción de un libro, como quien entra en una cocina y asiste a la preparación de ese plato sabroso que no se cansa de comer.

Estas notas del Ensayo sobre la lucidez son una manera de sentir más próximo a José Saramago. De recordarlo todavía con mayor intensidad cuando se cumplen cinco años de su muerte.

ENSAYO SOBRE LA LUCIDEZ —NOTAS DEL AUTOR

(Inicio del libro: 23 de junio de 2003)

4 de febrero de 2003

La noche del 30 al 31 de enero me desperté a las tres de la madrugada con la idea repentina de que, por fin, ya tenía el tema para una nueva novela, que ya andaba buscando de manera más o menos consciente. Se trata de esa «revolución blanca» de la que hablé en Madrid y Barcelona durante la presentación de *El hombre duplicado*, del voto en blanco como única forma eficaz de protesta contra el loado sistema «democrático» que nos gobierna. Por si fuera poco, también tuve la súbita, la instantánea certeza de que dicho libro, en caso de que llegue a existir, tendría que llevar el título de *Ensayo sobre la lucidez*, como si el hecho de votar en blanco en la presente situación del mundo fuera un acto exactamente contrario a aquellos, o a la mayoría de aquellos, que se cometían en *Ensayo sobre la ceguera*. Durante esos días, la convicción de haber acertado de lleno era cada vez más fuerte. Esto es, suponiendo que un arrebató de absoluta locura o de absoluta lucidez llevara a un número significativo de personas a introducir en las urnas sólo votos en blanco (que precisamente por no decir nada, lo estarían diciendo

todo), ese mismo acto, repetido en todas partes, podría acabar en una revolución, acaso la más efectiva de las habidas hasta el momento.

13 de febrero de 2003

La idea de que el «acontecimiento» se manifestaría simultáneamente en todo un país se topa con una grave dificultad: cómo definir y manejar la cantidad y la diversidad de personajes que inevitablemente se manifestarían. La dimensión coral de una historia así y la consiguiente dispersión de los acontecimientos impedirían una acción dramática lo bastante coherente. Por lo tanto, considero preferible situar la historia en una ciudad de tamaño medio, más pequeña que mediana, entorno a los cien mil habitantes. El libro arrancararía de la manera siguiente. Debido al mal tiempo se teme que haya poca afluencia a las urnas, lo cual se confirmará con un porcentaje de abstención muy elevado. Tres partidos se disputan el poder en el país (elecciones municipales, no legislativas o generales): el partido de la derecha, el partido del centro y el partido de la izquierda, todo en minúsculas, como en minúsculas serían sus siglas respectivas (pd, pc y pi). Pese a que el llamamiento al voto se ha reforzado durante los días precedentes, las previsiones de abstención se confirman. Hasta las cuatro de la tarde sólo ha votado el 20% del electorado, y la lluvia y el viento no cesan. Ahora bien, justamente a esa hora, a las cuatro de la tarde, como si obedecieran a una misma señal convenida, quienes habían permanecido en sus casas hasta ese momento empiezan a salir a votar. Informadas de semejante «fenómeno» extraño, las cadenas de radio y de televisión empiezan a dedicar alabanzas al espíritu cívico, y a presentar a los votantes como un ejemplo a seguir por el resto del país. Cuando se abren las urnas y se realiza el escrutinio, se comprueba que los votos válidos no han alcanzado el 25% de los electores inscritos y que las demás papeletas están en blanco. El pc ha obtenido un 13%; el pd, un 9%, y el pi un 2,5% de los votos. El número de votos nulos ha sido insignificante, y no ha habido abstenciones. (En ese momento, el gobierno de la ciudad está en manos del pd.) El asombroso caso moviliza a los medios de comunicación social, que se interesan en saber por qué aquellos ciudadanos se molestaron en salir a votar si pensaban votar mayoritariamente en blanco. La prensa, la televisión y la radio locales son las primeras en asediar a los electores, y la ciudad no tarda en ser invadida por los medios de comunicación nacionales, que llegan en automóviles y helicópteros (en otras ciudades, las personas

que oyen las noticias se dicen las unas a las otras: «Quizá tendríamos que haber hecho lo mismo»).

Durante los días siguientes, se discute si las elecciones han sido válidas. El partido en el gobierno, el pd, dice que no y que, por ello, debe mantenerse el *statu quo* hasta las siguientes elecciones. El pc, que ha obtenido más votos, dice que es válida y que, por tanto, el poder debe pasar a sus manos. La ley electoral no contempla esta circunstancia (consultar la ley electoral portuguesa). El pi dice, tímidamente, que las papeletas en blanco representan una expresión de protesta que, teóricamente, coincide con su propia posición política e ideológica. Nadie lo escucha. El gobierno del país expresa la sospecha de que el insólito resultado ha sido la primera manifestación de una conspiración, con origen en el extranjero, contra la democracia, y promete una investigación hasta las últimas consecuencias. Policía, interrogatorios, intentos de soborno. Nadie habla, por la simple razón de que nadie tiene nada que decir. Si salieron a votar a las cuatro, fue por casualidad o porque la tormenta había amainado un poco. ¿Y el voto en blanco? El voto en blanco no va contra la ley..

Por decisión del tribunal competente, las elecciones se anulan y se repiten dos semanas después. Resultado: el pi no obtiene votos, el pd y el pc obtendrán un 9% cada uno, y los votos en blanco ascenderán al 82%. A partir de aquí, la situación se complica. Ya veré cómo.

17 de marzo de 2003

He tomado una decisión que espero poder mantener: interrumpir por ahora el *Mistério do Dente Perdido* y emprender el *Ensayo sobre la lucidez*. Causará agitación en la Companhia das Letras, pero no puedo esperar quién sabe cuántos meses para liberarme de esa obligación tan aburrida.

He llegado a la conclusión de que el título de la novela determina que los personajes sean los mismos que habitaron el otro *Ensayo*, el de la ceguera. Probablemente no todos. He pensado que la mujer del primer ciego se habría divorciado del marido y que la madre del niño estrábico aparecería y se ocuparía de él. Los demás, la mujer del médico y el marido, la chica con las gafas de sol y el viejo del parche negro se mantienen. También el perro de las lágrimas, que cerrará el libro con la mujer del médico muerta a su lado, asesinada por aquellos que decidieron que todo debía volver a ser como en los buenos viejos tiempos...

Cuidado con lo obvio... (Cuidado con los sentimentalismos cansinos. El perro de las lágrimas quizá aparezca, pero no para copiar la irrepetible escena del *Ensayo sobre la ceguera*.)

Una cuestión que resolver: ¿los personajes tendrán nombre? Sería cómodo, pero la historia perdería algo de la extrañeza que distinguía el *Ensayo sobre la ceguera* y que me gustaría mantener en esta novela. Quizá opte por el anonimato: sería ridículo que la mujer del médico se llamara, al final, Manuela. La dificultad estará en proceder de la misma manera con los nuevos personajes que entrarán en la historia. Una idea interesante (a mi parecer) sería recuperar al personaje del escritor.

29 de marzo de 2003

El primer capítulo empezará con la descripción (sumaria, claro está) de la tormenta y el viento que cae sobre el país. La televisión y la radio apelan a la conciencia cívica de los electores para que no se queden en casa pese al mal tiempo. Usar la palabrería insustancial propia de las ocasiones patrióticas. Entrar en casa de los personajes principales: la mujer del médico y el marido (también el perro, que vive con ellos), la mujer divorciada del primer ladrón, la chica de las gafas de sol y el viejo del parche negro, y el niño estrábico (la madre nunca llegó a aparecer, ¿o sí?), el escritor y la familia (¿toda?, recuerdo que estaba casado y creo que tenía hijas). A las cuatro de la tarde salen todos para ir a votar (también saldrán los habitantes que aún no habían votado). Descripción de la caminata bajo la lluvia. Barrios inundados, bomberos, barcos. La radio y la televisión se apresuran a transmitir la noticia del inopinado acontecimiento: los electores de la ciudad X están dando un extraordinario ejemplo de civismo, arrostrando la tormenta para cumplir con su sagrado deber. En los colegios electorales, casi desiertos hasta ese momento, reina un gran entusiasmo. Los partidos hacen declaraciones congratulatorias. Regreso de los electores a sus casas. Tras el escrutinio de los votos, el país entero queda sumido en la estupefacción. Inesperadamente, la tan aplaudida ciudad se convierte en un fenómeno sin explicación. El capítulo termina con los personajes principales llamándose los unos a los otros: ¿Cómo has votado? En blanco.

19 de abril de 2003. Sobrevolando el Mediterráneo

La idea de que los personajes de la *Ceguera* reaparezcan en *Lucidez* me parece cada vez mejor. Así como el título del nuevo libro ya sugiere una continuidad, la presencia de

los personajes lo confirma definitivamente. En la mente de las autoridades perplejas surgirá la sospecha de que la mujer que no perdió la vista en la *Ceguera* podría tener algo que ver con el nuevo «fenómeno». Como consecuencia lógica, esta sospecha se extenderá a aquellos a quienes ella había guiado. Así como la novela anterior obedecía escrupulosamente a «cierta lógica», ésta no podrá quedar atrás. Del grupo de la *Ceguera*, la mujer de médico será la primera persona en ser interrogada. *Todo el desarrollo inicial, desde la primera votación parcial en blanco hasta la totalidad (?) de los votos en la «revolución blanca» se tratará como si los personajes mencionados no existieran.* Su aparición debe sorprender al lector. Los personajes son (¿serán?):

- la mujer del médico
- el médico
- la chica de las gafas de sol
- el viejo del parche negro
- el primer ciego (ahora divorciado)
- la mujer del primer ciego
- el niño estrábico (todavía no tiene edad para votar)
- la madre del niño estrábico (que encontró a su hijo)
- el escritor (¿y su familia?)
- el perro de las lágrimas

22 de mayo de 2003

Las elecciones no serán municipales, sino legislativas, y la ciudad es la capital del país, precisamente donde se concentraron los acontecimientos de la *Ceguera*. De esta manera el caso adquiere importancia nacional. En el resto del país, el mal tiempo tiene como resultado una elevadísima abstención, de un 50% en algunos lugares. A excepción de la capital.

31 de mayo de 2003. Entre Badajoz y Madrid, en coche, de regreso de la reunión de los jurados del Premio Extremadura

Los personajes son los del grupo de ciegos y su guía, por lo que el escritor queda excluido. Cuanto tenía que hacer y decir ya se hizo en el *Ensayo*.

Ya tengo el final. Los «servicios secretos», al ser incapaces de descubrir las razones por las que los electores decidieron votar en blanco (que sea un derecho no les parece suficiente), deciden dar ejemplo matando a la cabecilla, esto es, a la mujer del médico. Un tirador especial se aposta en una casa contigua a la parte de atrás de la de ésta. La mujer del médico morirá de un tiro cuando salga al balcón donde las tres mujeres del *Ensayo sobre la ceguera* se han lavado. El perro acude para ver qué ha pasado y empezará a aullar, A veces aúllan a la luna, Estamos en luna nueva, la luna nueva no se ve, y el sol acaba de ponerse ahora mismo, A veces aúllan a la muerte, Será eso.

3 de junio de 2003, día en que Sophia de Mello Breyner gana el Premio Reina Sofía de poesía iberoamericana

El final no será como se ha descrito más arriba. La mujer del médico será asesinada, pero no en el balcón de la parte de atrás de su casa. La matarán en un jardín donde había llevado a pasear al perro de las lágrimas. El perro empezará a aullar y también lo matarán. Los ciegos se preguntarán: ¿Has oído algo? Dos tiros, Pero también un perro que aullaba, Ya se ha callado, habrá sido el segundo tiro, Menos mal, porque el aullido de los perros me afecta a los nervios.

20 de junio de 2003

Roma. Durante una cena se me ha ocurrido la idea de que el título del libro podría ser *El regreso de los ciegos*.

22 de junio de 2003

Casa. Pilar defiende el primer título.

1 de julio de 2003

He terminado el primer capítulo, he empezado el segundo y no estoy satisfecho. El primero es aceptable, se puede retocar, pero las dos páginas escritas del segundo no tienen salvación, a lo sumo podrán aprovecharse algunos detalles más adelante y con otro tratamiento. Tal como están las cosas en este momento, no tengo personajes, y sin personajes es imposible que haya novela. La idea de introducir a los personajes de la *Ceguera* a la altura de la página 60 o 70 no tiene pies ni cabeza. ¿Cómo sostener hasta ese momento el interés del lector (por no hablar de mi propio interés...)? No hay que olvidar

que esos personajes sólo tendrán sentido en esta nueva historia si es posible establecer una relación (que no tendría por qué ser objetiva) con el fenómeno de la votación en blanco. La única relación lógicamente aceptable sería que los vieran como sospechosos, simplemente como sospechosos, teniendo en cuenta el carácter excepcional de su actividad en la *Ceguera*. Es decir, así como hace unos cuantos años hubo un grupo encabezado por una mujer que, en medio del desastre colectivo, adquirió cierta condición de excepcionalidad, ¿por qué no admitir la hipótesis de que ahora tenga algo que ver con la crítica situación política y social creada por el masivo voto en blanco? ¿Y cómo se llegaría a esto? Una solución sería usar al primer ciego como agente de la sospecha, es decir, éste (persona de carácter dudoso [como ya se había observado en la *Ceguera*] y actualmente divorciado) sería el eslabón (por iniciativa propia, o no) que alimentaría la sospecha después de haberla suscitado... Esta solución permitiría conceder a la historia la densidad dramática de la que ahora mismo carece, que me impide avanzar y que, de alguna manera, me bloquea. Otro personaje, que inicialmente he dejado al margen en estas notas, podría ser el escritor. Esta idea exige reflexión.

Si lo que acabo de escribir tiene sentido, la «entrada en acción» tendrá que hacerse justo después de la segunda votación, a fin de crear en poco tiempo la atmósfera de sospecha que resucitará en un infierno a los «héroes» de la *Ceguera*.

Veamos si consigo quitar esta piedra del camino...

11 de julio de 2003

Este libro se ha convertido en un mar de preocupaciones (esperemos que no me ahogue en él...). Nunca me había asustado tanto una novela. Una cosa son las dudas, otra es encontrarse con la dificultad de «llenar» (qué palabra...) una historia que podría contarse en veinte páginas, que son precisamente las que llevo escritas hasta el día de hoy (creo que será la novela más corta de cuantas he escrito). En lo que a los personajes se refiere, lo veo claro: serán definitivamente los de la *Ceguera*, incluido quizá el escritor. ¿Y cómo introducirlos? ¿Uno a uno? ¿Progresivamente? Serán el blanco de la sospecha: la sospecha de tener la culpa de lo que pasa. Son del todo inocentes, han votado en blanco, al igual que el 80% de los habitantes de la ciudad (Josef K. también era inocente y todos sabemos qué le sucedió. Anoche acabé de releer una vez más *El proceso*. Por alguna razón, he sentido la necesidad de volver a él...). Mientras miraba la luna en cuarto creciente desde el balcón, tuve una idea que puede ayudarme mucho: el cambio de

capitalidad a otra ciudad y el arrinconamiento de los «insurrectos» en un gueto (se ha decretado el estado de excepción, que aunque obviamente se aplica en todo el país, se hará con muchísimo más rigor en la capital). Creo que esta situación enriquecerá la historia. Finalmente, los personajes serán los siguientes (he eliminado al niño estrábico porque encontró a su madre y nunca más se supo de él...):

- el primer ciego, que será el «delator» (se ha divorciado de su mujer)
- la chica de las gafas de sol y el viejo del parche negro
- la mujer del primer ciego
- la mujer del médico y el marido
- el escritor
- el perro de las lágrimas

ATENCIÓN: ESTOS ACONTECIMIENTOS TRANSCURREN CUATRO AÑOS DESPUÉS DE LA «EPIDEMIA» DE CEGUERA. NO QUIERO QUE MIS PERSONAJES SEAN MUCHO MÁS VIEJOS.

ATENCIÓN: TRAS LA «CEGUERA», LOS PERSONAJES DECIDIERON NO HABLAR DE LO QUE LES HABÍA OCURRIDO Y, SOBRE TODO, JAMÁS VOLVER A MENCIONAR EL HECHO DE QUE LA MUJER DEL MÉDICO NO HABÍA PERDIDO LA VISIÓN.

14 de julio de 2003

La palabra «blanco» es excluida del vocabulario, es peligroso usarla. Se conecta a los sospechosos a una máquina (del tipo detector de mentiras) que les hace decir la palabra «blanco»...

15 de julio de 2003

Imaginemos que la máquina estaría conectada a un interrogador. ¿No reaccionaría éste de un modo semejante al interrogado?

16 de julio de 2003

El primer ciego es una de las quinientas personas interrogadas. Según lo previsto, éste será el motor de lo que pasará hasta el asesinato de la mujer del médico. El ministro de interior publicará un comunicado en el que dirá que quinientos ciudadanos están

dispuestos a colaborar con las autoridades democráticas en la investigación de los hechos relacionados con la votación. No dirá, evidentemente, que aquéllos están detenidos...

18 de julio de 2003

Secuencia de los acontecimientos:

1. El detector de mentiras. Resultados nulos. Callejón sin salida. Uno de los «pacientes» destaca entre los demás (¿cómo?): es el primer ciego.
2. Se declara el estado de sitio. Traslado de la capital a otra ciudad.
3. Reunión del consejo de ministros con la presencia del jefe de estado para debatir la situación. Opiniones diversas. Una frase casual del jefe de estado: «Aquí nos movemos a tientas, a ciegas». Desde el extremo de la mesa, el ministro de cultura: «Como hace cuatro años». Tensión general. El ministro de defensa: «Habíamos decidido no hablar nunca más de lo que pasó». El ministro de interior: «La plaga que estamos sufriendo ahora también es una forma de ceguera». El ministro de justicia: «O de lucidez». Protestas, indignación. El ministro de interior: «Casi pensaría que nuestro querido compañero ha votado en blanco». El ministro de justicia: «Y acertarías si lo pensaras». Silencio. El primer ministro: «¿Eres consciente de lo que acabas de decir?». El ministro de justicia: «Tan consciente que en este mismo momento presento mi dimisión». Sale. El ministro de cultura: «Yo también dimito». Sale. El ministro de interior: «Mi intuición no me engaña: hacía tiempo que desconfiaba en estos tipos». El ministro de defensa: «Lo que acaba de suceder demuestra hasta qué punto es grave la situación. Es ridículo. Queremos infiltrarnos entre ellos y ellos entre nosotros. Espero que, visto lo sucedido, ya no haya dudas en cuanto a la necesidad del estado de sitio». Conformidad general. El ministro de interior sugerirá a los medios de comunicación social que hagan referencia, de una manera discreta, no demasiado explícita, al paralelismo entre la ceguera colectiva de hace cuatro años y a esta nueva marea blanca. El ministerio de interior hará llegar los periódicos a los «pacientes». En la calle, la revelación causa una enorme conmoción. Un titular: «¿Volveremos a estar ciegos?» Sobre la ciudad (no olvidar que está en estado de sitio) los aviones lanzan folletos con las mismas palabras. Reacciones de la población.

4. El jefe de estado recibe una carta. Un «paciente» asegura que tiene importantes revelaciones que hacer relacionadas con lo que sucedió hace cuatro años. La carta pasa al primer ministro y después al ministro de interior. El primer ciego relata lo que sucedió al grupo de los siete. No olvida decir que la mujer del médico mató a un hombre...
5. La primera entrevista con la mujer del médico. ¿Por qué no se volvió ciega? ¿Cómo se explica que todo el mundo se volviera ciego y ella no?